Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

14 **Eva Perón**



Suplemento especial de
Página/12

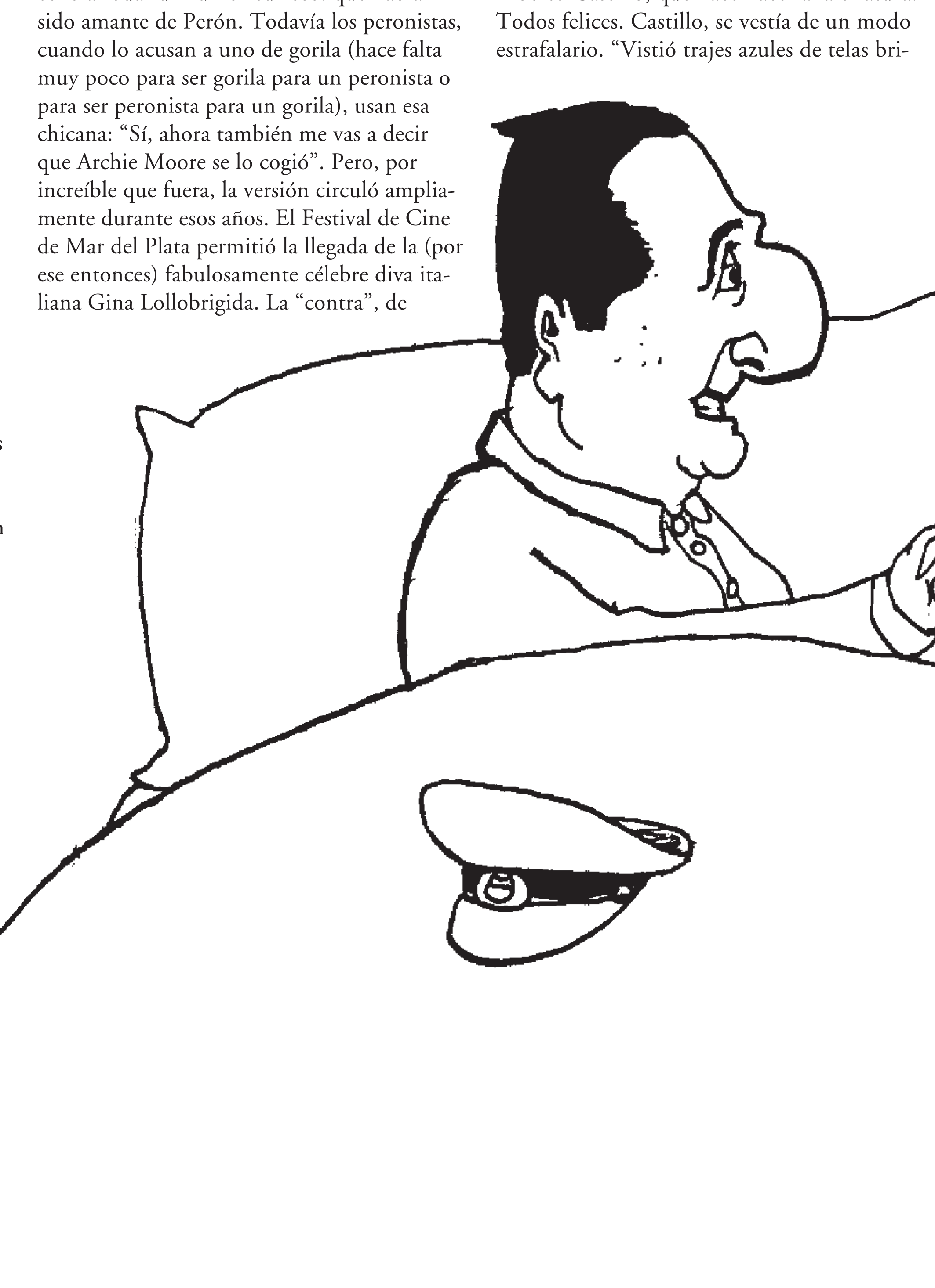
PERSONAJES DEL PERONISMO

Otras caras importantes del primer peronismo provinieron del espectáculo o del deporte. El Racing Club, por ejemplo, era apoyado por el ministro Cereijo, al punto de recibir el apodo de "Deportivo Cereijo". En la final con el pequeño equipo de Banfield, en 1951, todo el país estaba en contra de Racing porque había puesto su corazoncito en el que tenía las mayores posibilidades de perder, el que no era el equipo del gobierno, el que no estaba protegido. Sin embargo, Evita prefería un triunfo banfileño precisamente para dar el ejemplo de la laboriosidad de un pequeño team y el triunfo del más débil. La final conmovió al país. Todos con Banfield. La cuestión se solucionó de un modo semejante a como lo haría Racing, muchos años después, frente al Celtic de Escocia, llevándolo a apropiarse de la codiciada Copa Interclubes y darle al país su primer título mundial. Es decir, un zapatazo impresionante. Aunque la expresión "zapatazo" es injusta. Porque se le dice así al balinazo de un delantero que "la encuentra" y le pega un poco a ciegas y la mete en la red. No fue así el gol de Boyé. No fue así el de Cárdenas. Boyé decidió, contra Banfield, el triunfo de Racing con un tiro desde el lateral derecho que se metió en el segundo palo del excepcional arquero de Banfield, Graneros. Ganó el más fuerte, "el caballo del comisario". Y Evita se quedó con las ganas de ver triunfar al más débil, al equipo "proletario". El gol de Cárdenas fue un tiro de casi media cancha. Un zurdazo del número nueve de Racing que dio tiempo a que todos vieran la trayectoria, hermosa, de la pelota hasta clavarse en el palo derecho del arquero celta que se tiró más para la foto que por creer que alcanzaría esa pelota imposible. Años después (¡qué país la Argentina!), el gol de Cárdenas, que la compañía Gilette había pasado durante años, dejó de pasarse. Durante la decadencia del menemismo y durante el catastrófico gobierno de De la Rúa, en medio del enorme desaliento nacional de esos años, surgió un chiste memorable: "¿Saben por qué no pasan más el gol de Cárdenas? Porque ahora lo erra".

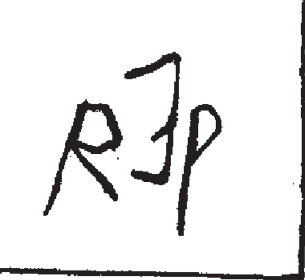
En el automovilismo es excluyente la figura de Fangio, con la Mercedes Benz y sus cinco campeonatos mundiales. También estaban los hermanos Juan y Oscar Gálvez, Froilán González y el cordobés Marimón. En el box, quién no lo sabe, Gatica era la personificación del peronismo y el elegido de Perón. Alfredo Prada, su rival, era su antítesis: el boxeador pulcro, medido. Era el elegido por la clase media. Gatica era el atorrante que gustaba a las clases humildes. Se trata de un personaje notable, a quien Leonardo Favio le dedicó una película. Gatica era un desbordado. Se vestía de modo extravagante. Boxeaba con poca técnica pero con mucho corazón, siempre iba para adelante y era fanáticamente peronista. Se dice que, en el Luna Park, al saludar a Perón le dijo: "General, dos potencias se saludan". Osvaldo Soriano cuenta una anécdota muy divertida. Parece que Gatica llega a un pueblo en un auto enorme. En la parte delantera había un cartel: "Aquí llegó Gatica". Y en la trasera otro: "Ya pasó Gatica". Favio lo toma como emblema del peronismo. Mientras Gatica gana, la Argentina es feliz, todo va bien. Cuando cae el peronismo, Gatica empieza a perder porque pasaron los años dorados. Hasta que termina penosamente bajo las ruedas de un colectivo. Prada le dio una mano y lo puso de socio en un restaurante que se llamó: "Prada y Gatica". Llegó a pelear en Estados Unidos con el boxeador negro Ike Williams. Ver ese fragmento noticioso es toda una experiencia. Suena la campana y Gatica sale a guapear, a llevárselo por delante al negro. Ike Williams le da una sola piña, una sola, y lo noquea. Se dice que Perón lo retó fieramente. Se dice que empezó diciéndole: "Gatica, ya me tenés podrido". Otro que fue a pelear a Estados Unidos fue el excelente Eduardo Lausse. El que transmitía la pelea era Luis Elías Sojit, que era un peronista de aquéllos. En un momento en que Lausse se liga una piña muy dura, le empieza a sangrar la nariz. Y Luis Elías (como le decían sus colaboradores), exaltado, profiere una frase memorable: "¡Cae sangre de la nariz de Lausse! ¡Sangra Lausse! ¡Es sangre peronista!". En su relato, con no excesivas intermitencias, decía: "¡Perón cumple, Evita dignifica!". Por ejemplo: "Ataca Lausse con una derecha violenta al plexo solar... ¡Perón cumple, Evita dignifica! ... Ahora Lausse retrocede". El adversario de Lausse, aunque no ideológico, era Rafael Merentino, bien peronista, nunca llegaron a enfrentarse. Todo deportista que ganaba decía: "Dedico este triunfo al general Perón". No había quien no le dedicara el triunfo a Perón. Fue realmente increíble que Perón lograra tantas cosas desde el '46 en adelante. A otro le hubiera llevado treinta años. Todo era peronista. Hasta la policía, como decía el ministro Borlenghi en un discurso bastante peligroso, debía ser peronista. Se vivía una especie de júbilo. También llegaban figuras del extranjero. Los boxeadores negros Sandy Sadler y Archie Moore. Sadler amargó una noche de Perón y Evita moliendo a trompadas a Prada, ganándole por paliza en cuatro rounds. Sobre Archie Moore la oposición echó a rodar un rumor curioso: que había sido amante de Perón. Todavía los peronistas, cuando lo acusan a uno de gorila (hace falta muy poco para ser gorila para un peronista o para ser peronista para un gorila), usan esa chicana: "Sí, ahora también me vas a decir que Archie Moore se lo cogió". Pero, por increíble que fuera, la versión circuló ampliamente durante esos años. El Festival de Cine de Mar del Plata permitió la llegada de la (por ese entonces) fabulosamente célebre diva italiana Gina Lollobrigida. La "contra", de inmediato, hizo circular una foto en que Gina caminaba junto a Perón, sonriente, suelta, feliz... y desnuda. Era un truco, pero se le atribuía a Perón el haber logrado que saliera desnuda en la foto, de puro perverso que era. Había una canción que decía: "Gina, Gina, Gina, mucho se habla de ti en la Argentina". Y un chiste memorable sobre el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé. Lo cargaban por su ignorancia. Que era muy, muy bruto, ésta era la afrenta. Que había escrito un libro: "Cómo pienso". Y que, luego de estar conversando un rato con Gina, se acerca a Perón y le dice: "La Lollobrigida es muy linda. Pero, pobre mina, está muy enferma". "¿Por qué?", pregunta Perón. Y Gobernador iletrado responde: "Porque yo le hablo todo el tiempo y ella siempre dice 'Nunca piyo, nunca piyo'". Sin duda, la ingenuidad de la época es también la que le confiere una aureola de *edad de la inocencia*.

EL "CARNAVAL" PERONISTA

Un personaje se destacó por su originalidad y su modo de abordar el tango: Alberto Castillo. Era el Gatica del tango. Sus presentaciones radiales empezaban siempre igual: "Yo soy parte de mi pueblo/ y le debo lo que soy/ Hablo con su mismo verbo/ canto con su mismo son". Y también: "Cien barrios porteños / cien barrios de amor/ cien barrios metidos/ en mi corazón". La leyenda lo presentaba como médico: el doctor Alberto Castillo. En el film de Juan José Campanella, *Luna de Avellaneda*, su figura está bien trabajada. Castillo canta en un club de barrio y, de pronto, avisan que una mujer está a punto de dar a luz. ¿Quién acude en su ayuda? El doctor Alberto Castillo, que hace nacer a la criatura. Todos felices. Castillo, se vestía de un modo estrafalario. "Vistió trajes azules de telas bri-



llantes, con anchísimas solapas cruzadas que llegaban casi hasta los hombros, el nudo de la corbata cuadrado y ancho, en contraposición a las pautas de la clase media elegante, que lo aconsejaba ajustado y angosto. El saco desbocado hacia atrás, y un pañuelo sobresaliendo exageradamente del bolsillo. El pantalón de cintura alta y anchas bocamangas completaba el atuendo, que era más desafío que vestimenta" (Salas, *Ibid*., p. 261). Es perfecta esta acotación que hace Salas: Castillo vestía para desafiar. No sería equivocado ver en ese *desafío al buen gusto* una característica fundamental de este primer peronismo. Todo resultaba intolerable para la oligarquía. Todo era un mamarracho de mal gusto. No en vano Bioy declararía, al explicar por qué escribió con Georgie *La fiesta del monstruo*: "estábamos llenos de odio con el peronismo". Durante uno de sus sesudos comentarios futboleros, el mítico Dante Panzeri, el que inventó la frase que definía el fútbol como *dinámica de lo impensado*, metió, en medio del análisis de un partido, la siguiente frase: "A partir de 1945, el país perdió la personalidad ética y estética que lo había definido". De la estética, ni hablar. Los "contreras" vivían escandalizados ante el alegre carnaval de "la negrada". Fue una canción de Alberto Castillo la que, justamente, les habría de entregar el concepto de *carnaval*: "Por cuatro días locos/ que vamos a vivir/ Por cuatro días locos/ te tenés que divertir". David Viñas, en su guión para la película *El Jefe*, la expresión más inteligente del cine antiperonista de los años de la Libertadora, encontraría en esa canción una de las caras esenciales del peronismo. Hasta Milcíades Peña, sin aludir a la canción de Castillo, escribe: el "alegre carnaval denominado 'revolución nacional'" (*Ibid*., p. 101). Castillo era la expresión de ese carnaval. No en vano suele presentarse con un montonazo de negros camdomberos "que bailaban y lo acompañaban con el sonido de los parches cada vez que entonaba un tema del folklore africano en su versión rioplatense. En estas interpretaciones, sus movimientos pélvicos de vaivén eran muy festejados por el público y provocaban las quejas de la clase media puritana" (Salas, *Ibid*., p. 266). Entre tanto, en medio del candombe, Castillo cantaba otra de sus estrofas de *doble lectura*: "Siga el baile, siga el baile/ de la tierra en que nací/ la comparsa de los negros/ al compás del tamboril". ¡Siga el baile! Ahí estaba el secreto. El peronismo era un Carnaval. El peronismo era esto: 1) Perón se había encontrado con el Banco Central lleno de oro; 2) el mismo Perón lo había admitido: "Camino por el Banco Central y me tropiezo con las barras de oro"; 3) en lugar de destinar esas barras de oro al desarrollo de industrias de base, de la industria pesada que daría solidez al país, a su economía, Perón las destina a la captación de las masas, a la demagogia (para la derecha), a la manipulación y a la heteronomía de clase, al bienestar fácil de los obreros, a no dejar que luchen por conseguir sus conquistas sino a dárselas "desde arriba", verticalmente (para la izquierda); 4) todo esto lleva a "un banquete asiático" (Juan Carlos Torre, revista *Los libros*, año II, N° 14, diciembre de 1970), a un derroche fácil, que entrega una alegría inmediatista al joven e inexperto proletariado. Peña, al analizar la transformación del Partido Laborista en Partido Peronista, llega a escribir: "Las masas ovacionan a Perón y *celebran alegremente la destrucción del primer intento de organización autónoma del nuevo proletariado argentino*" (Peña, *Ibid*., p. 184). Notable texto: las masas "celebran alegremente" una medida que las perjudica, que va contra sus verdaderos intereses de clase. ¿Por qué "alegremente"? ¿Por qué "celebran"? Por el Carnaval, señores. Porque el peronismo es eso: un Carnaval. Y las masas, cuando Perón les dice: "Ahora el Partido Laborista es de ustedes, porque se ha transformado en el Partido Peronista, el Partido del Pueblo", las masas empiezan a cantar: "Por cuatro días locos que vamos a vivir/Por cuatro días locos te tenés que divertir". Y si Perón hubiera dicho: "Nada de industria pesada, señores. Necesitamos ese dinero para que el pueblo esté bien, se divierta, cante y baile al compás del tamboril", las masas, incultas, irresponsables, irracionales, manipulables, inmediatistas, instinto puro, habrían cantado: "Siga el baile, siga el baile/ de la tierra en que nací". De aquí que la interpretación del peronismo como alegre Carnaval penetre tan hondo. Fue muy inteligente la elección del estribillo del doctor de los pobres, del cantor del pueblo, de los cien barrios porteños. Héctor Olivera, que es mi amigo desde hace muchos años, desde que lo conocí en 1981 porque empezaba a producir *Ultimos días de la víctima*, y con el que haríamos más de una película, me contaba que el hallazgo de la canción de Castillo, su puesta sobre la mesa como clave interpretativa del peronismo, fue esencial, conceptualmente hablando, para plasmar la historia de *El Jefe*, película que analizaremos en su momento. Para el antiperonismo, decir que el peronismo fue un Carnaval es una de sus claves más importantes. Las barras de oro del Banco Central se rifaron en una política fácil que no en vano logró la rápida adhesión de las masas. El resto fue sencillo.



¡QUÉ SABEN LOS PITUCOS!

El tango que más definía a Alberto Castillo era también desafiante: *Qué saben los pitucos, lamidos y shushetas/ qué saben lo que es tango/ qué saben de compás/ aquí está la elegancia, qué pinta, qué silueta/ qué porte, qué arrogancia, qué clase pa' bailar*. El tango llevó por título *Así se baila el tango*. Y es muy bueno. Y Castillo lo cantaba muy bien. Se ponía la mano derecha del lado izquierdo de la cara, un gesto tan suyo, tan innovador que cuesta definirlo, pero que tiene mucho del gesto del secreteo, de la confesión, "vení, acercate, que te digo algo entre vos y yo", de lo compartido, compartido entre él y su pueblo, y con ese gesto, y con otros también notables, cantaba ese tango irreverente. Porque esa estrofa define también al peronismo: *¿Qué saben los pitucos?* Supongamos que un peronista quiere refutar la interpretación del peronismo como Carnaval: empezaría diciendo ¿qué saben los pitucos?, ¿de qué hablan?, hablan de rencorosos, porque los amarga que el pueblo haya sido feliz aunque sea una vez, ¿quién en este país se ocupó alguna vez de la industria pesada?, *nadie, señores, nadie*, si otro, que no fuera Perón, se encontraba con el Banco Central lleno de barras de oro, ¡ni una iba para el lado del pueblo! El pueblo llevaba décadas sufriendo hambre y postergaciones. Había que distribuir, había que dar mejoras, había que hacer una industria liviana que no teníamos, y que menos la tenía el pueblo, que ahí tuvo heladeras, cocinas, estufas, agua corriente, electricidad, casitas proletarias. ¿O no lo escucharon a Discépolo? Él lo dijo clarito: *Estamos viviendo el technicolor de los días gloriosos*.

Suele decirse que Perón, en lugar de dar dinamismo a la industria liviana, debió convocar el sacrificio del pueblo en 1945 en lugar de hacerlo en 1952. De haberlo hecho, no habría existido el peronismo. La industria liviana, ya lo hemos explicado, implicaba la posibilidad de dar trabajo a los migrantes internos, ya que reclama mucha mano de obra. La industria pesada, no. De aquí que Castillo diga: "¿Qué saben los pitucos?". Era una contraseña. Los pitucos no saben nada. No pueden saberlo. Porque el verdadero saber está en el pueblo. En 1954, sin embargo, en el inicio, y más que eso, de la decadencia del peronismo, ya muerta Evita, Castillo incluye otros temas que no agreden a nadie, sino que festejan la alegría que, aparentemente, cunde en el país: "Yo llegué a la Argentina/ en una noche divina/ del cincuenta y cuatro/ En Buenos Aires/ todo el mundo se divierte/ todo

el mundo se divierte/ porque aquí la gente/ sólo sabe amar". El colmo de la pavada pasatista y mentirosa. Su decadencia, como la de Gatica, llega con la caída del peronismo. Filmó algunas películas recordables, *La barra de la esquina*. Y se mantuvo a lo largo del tiempo como una figura querida. En sus años de gloria imitarlo era casi un deporte nacional.

EVA PERÓN

Deliberadamente demorada su aparición, aguardando tener entre manos todos los elementos necesarios como para aproximarnos a ella con trabajado rigor, el máximo posible al menos, nos concentraremos en la figura de Eva Perón. Trataremos de demostrar algunas tesis esenciales. Serán tan discutibles como las tantas que sobre su figura se hayan enunciado. Trataremos de ir más allá de lo meramente biográfico o colorido, abominaremos el odio gorila, y tampoco nos habremos de sumar a la aceptación fácil de su figura a partir de la entereza con que afrontó su muerte, que es la versión piadosa del odio gorila tal como la vimos en ese texto de Halperin Donghi (*Argentina en el callejón*) o en la película oportunista y boba de Alan Parker-Madonna, en la que, luego de haber demostrado de un extremo al otro que era una prostituta, se la absuelve con un beso que esa especie de Juan Pueblo alcahuete y tortuoso que hace Antonio Banderas, deposita sobre su féretro. Postularemos, ante esto, que la dignidad, la fuerza con que Eva Perón asumió su muerte y luchó contra ella, está presente en casi todos los pasajes de su vida, y probablemente sea uno de los rasgos más propios de su personalidad. Primero: La bastardía de Eva es constitutiva de su modo de ser en el mundo. No me preocupa decirlo a lo Heidegger. La bastardía de Eva sería, por usar la terminología heideggeriana, uno de sus *existenciarios*. Esa bastardía la arroja al mundo en la modalidad de lo inauténtico. No había nada más inauténtico, en la Argentina de los treinta, que una hija ilegítima. Segundo: Su carrera hacia el poder expresa una ambición poderosa. También, si hablamos ontológicamente, expresa su deseo de darse un *ser*. La bastarda quiere ser algo para dejar de serlo. Sólo siendo un *ser* (sólo siendo algo) dejará de ser una bastarda, una ilegítima. Tercero: El casamiento con Perón es el primer paso de ese intento. En cuanto a Perón, su casamiento con Eva es el acto más revolucionario que realizó en su vida. Y acaso sea el único. No debe serle excesivamente reprochada esta carencia, pues ningún presidente argentino realizó un acto revolucionario. Cuarto: Su etapa Dior es su etapa preparatoria. La etapa del viaje por Europa. Su relación con el diseñador de vestuario Paco Jamandreu es relevante en su vida. Quinto: La Fundación "Eva Perón" es un intento que une dos cosas. Su amor por los otros bastardos (la clase obrera) y un paso decisivo en la superación de su propia bastardía. Tiene una Fundación. Esa Fundación lleva su nombre. Sexto: Mientras vivió, fue el adversario político más importante que tuvo Perón. Es cierto que los otros no valían demasiado. De aquí que ella los superara holgadamente. Pese a todos los elogios a su marido, fue ella quien más lo exigió y quien le hizo saber que estaba decidida a ir más lejos que él en la defensa de los trabajadores. Séptimo: El traje sastre que le diseña Jamandreu y el peinado con el rodete marcan un cambio decisivo. Ya no es la mujer del Presidente, es una militante. Octavo: Sus elogios desmesurados a Perón expresan una táctica que empleó para exigirlo. Noveno: Esa táctica la hemos de encontrar en un texto de Ernesto Che Guevara. El Che dice que Castro es una fuerza de la naturaleza y que fue la única excepcionalidad de la Revolución Cubana. El Che no podía convivir en Cuba con Fidel. Eran demasiado los dos para estar en el mismo lugar. Evita tiene un problema semejante con Perón. Que veremos. Décimo: Su búsqueda de la vicepresidencia es la búsqueda de la conquista total de su ser. *Ser la vicepresidenta de la Argentina era dejar de ser para siempre una bastarda*. Undécimo: A su vez, ese puesto le entregaba un poder que requería, al que no quería renunciar. Duodécimo: Su renuncia a la vicepresidencia es la mayor derrota política de su carrera. Influyen en ella los militares: los leales a Perón y los no leales. La Iglesia Católica. Los empresarios. Todo el poder agrario y ganadero. Y Juan Perón, que no la respalda. Decimotercero: Si Perón no la respalda es porque su proyecto político es diferente al de Eva. Veremos esta cuestión central. Decimocuarto: Su enfermedad es su otra gran derrota política. Todo el país patronal respira aliviado cuando sabe que va a morir. Aunque de otro modo, también Perón. Ahora será él mismo quien se imponga sus tiempos políticos, sus metas estratégicas y la decisión definitiva sobre el papel del proletariado en el proyecto peronista. Decimoquinto: Luego del golpe de Menéndez, en 1951, le pide a Perón el fusilamiento de los cabecillas. Decimosexto: Importa armas de Holanda para armar milicias populares. Decimoséptimo: Entraremos en un terreno conjetural. No vamos a privarnos de esto con una figura tan rica y fascinante como Eva Perón. Nuestras conjeturas principales serán: a) si no hubiera estado débil y enferma habría conseguido los fusilamientos de Menéndez y su grupo de alzados; b) si hubiera vivido no habría tolerado que se usara a Juan Duarte como chivo expiatorio; c) si hubiera vivido, le habría dado a Perón una reverenda patada en el culo (con perdón) si le llegaba a mencionar algo como la creación de la UES. Tampoco Perón habría hecho su Carnaval de viudo alegre con las pochonetas y las corriditas por la ciudad de Buenos Aires seguido por sus chicas; d) habría aceptado la visita de Milton Eisenhower. Habría sabido que no era un desatino recibirlo. Que la relación con Estados Unidos era frágil y había que manejarla con cautela; e) se habría unido a Cooke, o, mejor dicho, lo habría respaldado, en negar la firma del contrato con la California; f) habría preparado cuadros políticos, militantes, al ver el endurecimiento del campo opositor; g) acaso no hubiera podido evitar pelearse con la Iglesia, a la que odiaba, pero habría advertido que no era conveniente, que era favorecer a la oposición y darle un núcleo de unidad; h) habría aumentado el autoritarismo; i) ese aumento del autoritarismo habría estado en relación con el aumento de la agresividad golpista. De no existir ésta, no habría aumentado el autoritarismo; j) nunca le habría devuelto *La Prensa* a la familia Gainza Paz; k) habría requerido un compromiso de los militares leales al gobierno que obedeciera más a razones políticas e ideológicas que a las abundantes prebendas con que se los beneficiaba; l) le habría hecho saber a Perón que el poder lo compartía con ella y que las decisiones también; ll) y por fin: si, a pesar de todo esto, se producía un bombardeo como el del 16 de junio, habría contraatacado de inmediato. Con todo el poder de fuego que tenía el Ejército leal que comandaba Franklin Lucero. Habría movilizado a las milicias. Habría agredido militarmente las bases desde donde salieron los aviones. Habría roto relaciones con el Uruguay. *Le habría demostrado a Perón que la única manera de impedir un futuro golpe era pelear ahora, cuando las bombas todavía resonaban en la Plaza de Mayo y los muertos recién empezaban a ser retirados.* En esa circunstancia, es difícil saber qué habría hecho Perón. Pero negarse a pelear le habría resultado mucho más difícil con Eva que sin ella. Si se respondía al golpe de junio con la energía despiadada con que Eva podría haberlo hecho, no había golpe de septiembre; m) atinadamente, la izquierda peronista recupera su figura como la de una militante combativa, tramada por un odio hacia la oligarquía, la Iglesia y el Ejército, que le impedía negociar, entregarse.

Estas tesis, que guiarán nuestro itinerario teórico, enunciadas previamente al trabajo de su fundamentación, sonarán más irritantes para algunos, más llevaderas para otros, imposibles o delirantes. Es un riesgo que corremos. Hemos elegido entregarlas, por decirlo así, en frío, para trazar un programa teórico-político que informe al lector sobre el rumbo que seguiremos. También la explicitación de este programa nos compromete. Pues no hay quien ignore que en el desarrollo de cualquier tesis uno puede sorprenderse a sí mismo y tenga que cambiar determinadas variables de importancia. Puede suceder. Como sea, queda claro algo: la importancia que otorgamos a Eva Perón dentro de la gran novela del peronismo (a la que ella entregó algunos de sus momentos de mayor tragicidad) es enorme. Fue una llamarada. Fue el ejemplo más impecable de esa frase que suele decirse: *Vive intensamente, muere joven y serás un magnífico cadáver*. Si nos arriesgamos a trazar tantas conjeturas es por un deseo de ficcionalizar sobre ella. Es un gran personaje literario. También porque es sobre ella más que sobre cualquier otro protagonista de nuestra historia que esas conjeturas se tejieron. "Si Evita hubiera vivido, no caía Perón" es una frase que escucho desde niño. Luego la retoma la JP con su consigna: *Si Evita viviera sería montonera*. Es, para el peronismo, lo que el Che para la Revolución Cubana. Su rostro más extremo. Su rostro jacobino. Una jacobina con faldas. Tiene la pureza del que muere joven. También en esto se parece al Che. Y a otros iconos del siglo XX. En el cine, Marilyn Monroe o James Dean. Morir joven es ser joven eternamente. Nadie podrá poseer nunca una foto de una Evita vieja. La decadencia, que a todos nos azota o amenaza, le es ajena. No la erosiona el paso de los años. No puede traicionar su pasado porque no tiene un futuro para hacerlo. Pero pierde esa densidad que la madurez entrega a los seres humanos. Duró, su presencia, seis años en nuestra historia. Hoy es una figura mundial. Conocida o mal conocida, amada u odiada, es parte de la iconografía del siglo XX. El peronismo, por tenerla en su historia, acaso solamente o sobre todo por eso, adquiere una densidad de la que carecen todos los otros partidos políticos argentinos y hasta los de América latina.

El que muere joven queda joven para la eternidad. Siempre se lo recordará joven. Pero hay una incompletud que lo hiere. Y es la ausencia de una temporalidad más trabajada, más arriesgada, más puesta a prueba. Trágicamente, pasa esto con algunos grandes músicos. Mozart, Schubert, Gershwin. Murieron tan jóvenes. De no haber sido así, pensamos a menudo, nos habrían entregado inapreciables obras maestras. Sin embargo, no. También es posible que, como tantos otros, se hubiesen secado o repetido. Pero no es esto lo que solemos pensar. Entramos en un sueño impotente y desesperado: ¿por qué tan jóvenes, justamente ellos? Si tantos cretinos o mediocres viven hasta los noventa años, ¿por qué murió George Gershwin a los treinta y ocho? Suelo llegar a una conclusión: Dios no existe. Y a otra: si existe, no le gusta la música.

PRÓXIMO DOMINGO

Eva Perón (II)